

Editorial Planeta 

PEDRO J. RAMÍREZ

Palabra de director

Las memorias
del periodista que nunca
ha temido a la verdad



 Planeta

DOSIER DE PRENSA

PERIODISMO A PERPETUIDAD

Cuando cumple más de cuarenta años como director de periódicos, Pedro J. Ramírez echa la vista atrás escribiendo estas memorias que son tan esperadas como necesarias por su privilegiado papel en la vida política y periodística española.

Y es que Pedro J. Ramírez (en adelante, Pedro J.) quiso ser periodista desde siempre y nunca quiso ser otra cosa. El suyo es un caso de vocación absoluta y absorbente, casi de adicción. El periodismo es su vida y prácticamente no tiene vida personal que no se relacione de algún modo con el periodismo. Y como el periodismo es el espejo de la actualidad, estas memorias profesionales son una inmersión en la historia de España desde el final del franquismo.

Porque fue en aquella primera mitad de los años 70 cuando Pedro J. hizo sus primeras armas. Era entonces un «joven liberal y libertario con cultura americana» que «quería ser periodista para viajar como un reportero, llevar gabardinas cruzadas y salir con chicas guapas». A ese sueño juvenil se añadió enseguida la «conciencia de la importancia de la prensa y de su capacidad de contribuir a cambiar las cosas».

Se sentía entonces, y se sigue sintiendo, encuadrado en la tercera España, identificado con la izquierda de la derecha y con la derecha de la izquierda.

«Nunca podría ser ni rojo ni azul... Anhelaba ver el final de la dictadura, pero sentía repulsión por la violencia, el nacionalismo y las ideas comunistas».

UN VIAJE INICIÁTICO

Antes, había manifestado ya sus dotes para la profesión. En el club de debates del colegio tenía siempre las mejores puntuaciones. En la universidad, fue «un mal estudiante, pero un buen universitario». Y en septiembre de 1973 hizo un viaje a Estados Unidos que puede calificarse de iniciático. El caso Watergate estaba en plena efervescencia y las estrellas de los informativos (Walter Cronkite, Dan Rather, o Fred Graham.) se convirtieron en sus héroes. Visitó el *New York Times* y el *Washington Post* y conoció, entre otros, a Ben Bradlee, del que recibió la mejor lección de periodismo teórico y práctico de su vida.

«Pero Bradlee también me advirtió de que la misión del director era “ser prudente y no tratar de rentabilizar una historia cogida por los pelos, dañando la credibilidad del periódico”. Por eso “uno de los escenarios más frustrantes del periodismo de investigación” era, según él —y vaya que si tenía razón—, descubrir que una pista era falsa, tras haber invertido tiempo, dinero y energías persiguiéndola. Un buen director debía ser capaz de “matar la historia”, aunque “la realidad te estropee un buen titular”.
Nunca se me olvidaría ese consejo».

No solo lo tomó como modelo profesional, sino que imitó sus tirantes y camisas de rayas que pasaron a formar parte de su propia imagen, hasta hoy mismo. Indro Montanelli es el otro gran referente profesional en el que se reconoce.

A finales de los años setenta, es un redactor de a pie de ABC, pero cuenta con más fuentes y acceso a líderes políticos que nadie, tiene la confianza del editor Guillermo Luca de Tena y el empeño por cambiar la línea del periódico, demasiado anclada en la nostalgia franquista. Es en ese momento cuando le reclaman para dirigir un proyecto que se estaba poniendo en marcha en nuestro país, *Diario 16*.

TOCANDO PODER EN EL GRUPO 16

La biografía profesional de Pedro J. no parece avanzar a pasos, sino a saltos. El siguiente es efectivamente la dirección de *Diario 16*, donde empieza a imponer sus convicciones («el periodista no sólo es el sujeto activo de su propia libertad de expresión, sino también el depositario del ejercicio del derecho ajeno a la información») y también su estilo:

«No cabía mayor felicidad que tener esa edad y ver germinar una sociedad nueva en la que nosotros habíamos servido de piedra de toque y ejemplo. Se nos había acusado de hacer periodismo de barricada y era verdad».

Con esa convicción y ese estilo de periodismo de barricada va a cubrir el juicio a los acusados por el golpe de Estado del 23-F, hecho que califica como el acontecimiento más dramático y traumático, sólo comparable al 11-M de 2004, de su casi medio siglo como director de periódicos. Un artículo del periódico no gusta a los golpistas, que hacen un plante contra él, consiguiendo que sea expulsado del juicio. Como muchas otras a lo largo de su carrera, acabó ganando aquella batalla. El Tribunal Constitucional anuló la resolución de la justicia militar, otorgándole el amparo solicitado. Era la primera vez que una instancia civil se imponía a un tribunal militar.

A mediados de los 80 es director de publicaciones del *Grupo 16*, lo que significaba ejercer en la práctica de editor de *Cambio 16*. «Era yo quien concentraba todo el poder periodístico del grupo», admite. «Dirigía *Diario 16* con mano firme y *Cambio 16* a través de la persona interpuesta de uno de mis adjuntos, Raúl Heras». Y es que su idea de dirigir una publicación es que el director, después de debatir con su equipo, debe tener la última palabra, como un monarca absoluto.

Descubrió entonces «el desafío a la creatividad que suponía hacer cada semana una portada de revista con intencionalidad política e impacto en los quioscos». Su favorita fue la que sacaba a Felipe González con una nariz de Pinocho tan alargada que hizo falta un desplegable para contenerla. Quienes lo vieron no lo han olvidado.

Sobre Felipe González:

«Un hombre sin escrúpulos ni sentido de los límites».

BATALLAS POLÍTICAS Y PERIODÍSTICAS ENTRECruzADAS

En 1986, el PSOE, aun perdiendo votos, revalida la mayoría absoluta obtenida cuatro años antes. Pedro J. ve el peligro de que se consolide «un modelo político que, sin ser una dictadura, tampoco podría considerarse sin rubor auténticamente democrático», de evolucionar «hacia un nuevo caudillismo a la española», con «el fantasma del partido único» a la mexicana en el horizonte. «Existía ese régimen personal de poder, con vocación de autoperpetuarse», sostiene.

Y dentro del distanciamiento/enfrentamiento con el PSOE, hay un momento decisivo, la reforma de la Ley Orgánica del Poder Judicial, promovida por Alfonso Guerra. En ese momento, Pedro J. se sintió obligado a ejercer el papel de contrapoder que corresponde a la prensa. Convencido de que «González pretendía instaurar un régimen de poder personal que se perpetuara en el tiempo», escribió un artículo («Franquismo sociológico en la España socialista») que marcó un antes y un después en su relación con aquel PSOE.

Por su parte, *Diario 16* estaba de moda. Era el diario transgresor, liberal en lo político, progresista en todos los debates sociales, que hacía bandera del pluralismo de sus firmas. Pero no faltaban presiones, a las que él se resistía, para convertirlo en un «periódico de calidad», mimético de *El País*. Y empezó a haber movimientos internos. Juan Tomás de Salas destituyó a Raúl Heras, mano derecha de Pedro J., e incrustó en el periódico -«como una especie de comisario cultural»- a José Miguel Ullán, un protegido de su mujer, Bárbara,

un poder en la sombra a la que no le gustaba la irresistible ascensión de Pedro J.

La política y el periodismo se entrecruzaban. Incluso lo personal. El autor reconoce, en una de las escasas confesiones personales que se permite, que se equivocó al hacer padrino de su hijo Tristán a Juan Tomas de Salas. Estableció así un vínculo de intimidad personal, casi familiar, con su jefe, ignorando el trauma de su mujer y él por no tener hijos.

Para colmo, llegó entonces la investigación sobre los GAL, cuando *Diario 16* fichó al periodista Ricardo Arques, que venía de *Deia*, portavoz oficioso del PNV, donde no podía contar todo lo que sabía. Pedro J. le hizo formar equipo con Melchor Miralles, y empezaron a publicar con la técnica de la gota malaya. Pero esa gota cayó también en el vaso, a punto de colmarse, de los desacuerdos con Salas.

CUANDO PEDRO J. PUDO DIRIGIR EL PAÍS

Cuando el choque se hizo inevitable, Pedro J. contó con una baza inesperada a su favor: la oferta por parte de Juan Luis Cebrián y Jesús de Polanco de dirigir su fallido semanario *El Globo* y ser candidato a dirigir *El País*. Él estuvo dispuesto a aceptar. Pero Juan Tomás de Salas, además de tocarle la fibra sensible, diciéndole que *Diario 16* era su hijo, puso sobre la mesa una suculenta contraoferta (10% de las acciones del periódico) que no pudo rechazar.

Aquello, en todo caso, no hizo más que retrasar un final inevitable, su salida de *Diario 16*, tras lo que califica de «golpe de mano político contra el periódico». «Era obvio que había sido víctima de una operación política».

Atrás quedaban unos años de fructífero periodismo de barricada. Con episodios dignos de novelas de espías, como el seguimiento a una amiga de Michel Domínguez, que se encuentra con un hombre que resulta ser Francisco Paesa, y a los que fotografían. O una entrevista del propio Pedro J. en París con un dirigente de ETA. Además de tertulias a cara de perro con un ministro como Corcuera, dominado por el complejo de inferioridad del sindicalista sin estudios. «Corcuera, técnico electricista, detestaba mi formación universitaria, mi trayectoria en Estados Unidos, mi éxito en el periódico, mi origen burgués», dice Pedro J.

Sobre Juan Luis Cebrián:

«Consideraba que la hegemonía de su periódico formaba parte del orden natural de las cosas y toda transgresión de ese canon merecía una respuesta contundente, sin reparar en límites».

A POR EL MUNDO

«*Diario 16* era el periódico que nos dejaban hacer. *El Mundo* será el periódico que queremos hacer». Íbamos a lanzar un periódico de autor, dice Pedro J. sobre la cabecera que más asociada ha quedado a su persona y cuyo manifiesto fundacional decía: «toda noticia de cuya veracidad y relevancia estemos convencidos será publicada, le incomode a quien le incomode».

«Yo sólo me debía a nuestros lectores y al dictado de mi conciencia».

Trabajar en *ABC* con poco más de veinte años había sido una de las mejores experiencias iniciáticas imaginables, dirigir *Diario 16* con menos de treinta le había hecho considerarse un privilegiado, crear *El Mundo* de la nada en siete meses y medio le hacía sentirse «un elegido del destino».

La salida del nuevo diario coincidía con la caída del Muro de Berlín.

«Era como si la Historia con mayúscula hubiera aguardado a nuestra salida para apretar el acelerador hacia un desaforado fin de siglo». «Todas las referencias de cuatro décadas estaban desmoronándose y nosotros lo estábamos viviendo y contando porque acabábamos de fundar un periódico, justo a tiempo de subirnos en el estribo del convoy de la nueva era que acababa de ponerse en marcha».

España también entraba en un cambio de ciclo político. El PSOE, asediado por diversos escándalos, entraba en declive, y en la derecha emergía un nuevo líder dispuesto a hacerse con el gobierno. En cuanto a lo primero, Pedro J. y *El Mundo* siguieron aireando las vergüenzas del gobierno y el partido que lo sustentaba: casos Juan Guerra, Filesa, cuyos documentos publican, el GAL que no cesa, Roldán...

No se quedan ahí; en septiembre de 1990, *El Mundo*, rompiendo un tabú, publica la primera información crítica con el rey Juan Carlos en un diario nacional por la imagen de frivolidad y amistades peligrosas que daba. En cuanto a lo segundo, Pedro J. reconoce que «que fue un flechazo personal y político» lo que tuvo con Aznar. Aunque era un conservador, arraigado en valores tradicionales, Aznar tenía la inteligencia y la apertura mental necesarias para ampliar la base del PP y construir una alternativa creíble al PSOE. Tenía madera de líder porque reunía dos requisitos esenciales: convicciones y determinación.

«Faltaba la hoja de ruta y yo estaba dispuesto a tratar de influir en ella».

En ese tramo final del felipismo, «cada mañana España desayunaba con un nuevo horror en la portada de *El Mundo*». Y un día, con «la más espectacular exclusiva de la prensa democrática en España», la entrevista al huido Luis Roldán, en una situación que a Pedro J. le recuerda con razón a la de la película *Primera plana*, cuando Walter Matthau y Jack Lemmon tienen a su disposición al preso fugado y buscado por la policía. Toda España miraba para el lado equivocado, mientras ellos tenían la información. Periodismo en estado puro.

Porque exclusivas como esa o las reuniones con los miembros del GAL Amedo y Domínguez seguían dando a la actividad de aquellos periodistas un aire de novela de espías. Además del placer de estar «escribiendo una página de oro en la historia del periodismo y rindiendo un gran servicio a la sociedad».

CON AZNAR: ACORDES Y DESACUERDOS

Pese al flechazo inicial, el nuevo gobierno presidido por José María Aznar proporciona a Pedro J. una decepción en uno de sus empeños más importantes, el de desclasificar los documentos sobre los GAL y la guerra sucia contra el terrorismo. Ahora, todo dependía de Aznar, y Pedro J. se teme lo peor cuando aquel dice que el gobierno no puede dedicarse a perseguir a sus antecesores. La última brizna de esperanza de que Aznar fuera coherente con su compromiso regeneracionista se esfumó. El gobierno asumió la tesis de que esos documentos afectaban a la seguridad nacional. Pero el director de *El Mundo*, convencido de deberse a sus lectores y a la búsqueda de la verdad, no se iba a conformar con un apaño entre gobernantes entrantes y salientes.

Lo que sí se publicó por entonces fue un video sexual que le tenía a él por protagonista. Fue, como dijo el periodista Antonio Herrero, «el último atentado de los GAL». El video contaba con la inequívoca implicación de Rafael Vera y la «altamente probable» intervención personal de Felipe González. Para Pedro J., Felipe González, autor intelectual del video («el infame montaje felipista»), «nunca superaría la frustración de que yo, su némesis expiatoria, el canalla al que atribuía su declive y ocaso, hubiera sobrevivido a ese ataque devastador». El Tribunal Supremo acabaría certificando la existencia de una trama delictiva para desprestigiar al director de *El Mundo*.

Sobre Rafael Vera:

«Una de las personas más malvadas con las que me toparía en la vida».

En cuanto a los GAL, la justicia terminó acreditando como hechos probados la tesis de la indesmayable denuncia de *El Mundo*: los crímenes de los GAL habían sido una trama de terrorismo de Estado, montada por el gobierno de Felipe González.

Un gran desacuerdo con Aznar fue la participación de España en la invasión de Irak en 2003. Aquella guerra le costó la vida a un periodista de *El Mundo*, Julio Anguita, igual que la anterior ocupación de Afganistán le costó la vida a otro, Julio Fuentes. «Sólo hay dos formas de acabar con un reportero. O que te maten o que te pongan a editar. A Julio Fuentes le mataron porque salió corriendo cada vez que le pusimos a editar», escribe Pedro J. A esos dos mártires de *El Mundo* hay que sumar a José Luis López de la Calle, asesinado por ETA cuando volvía a casa cargado de periódicos.

Y si Felipe González dejó el gobierno envuelto en escándalos, Aznar lo hizo en medio de la convulsión provocada por el peor atentado terrorista sufrido en España, el del 11-M de 2004. La confusión sobre el origen del atentado y la urgencia por sacar una edición dando cuenta de los hechos hizo que el 11-M fuera una ocasión excepcional para aplicar el ordeno y mando en la redacción, contra su costumbre de primero escuchar, luego debatir y finalmente decidir. El caso fue que Aznar no nombró a ETA en su comparecencia, lo que puso en guardia a Pedro J. De modo que quitaron la palabra ETA del título, siendo *El Mundo* el único gran diario que aquel mediodía no la mencionó en los títulos de la edición especial.

ENTRE BAMBALINAS

Este relato de casi medio siglo de vida española desde la óptica privilegiada de un testigo como Pedro J. Ramírez entra, como no podía ser de otra forma, en las bambalinas de la política con revelaciones que sorprenderán al lector. Los numerosos contactos y encuentros del autor con unos y otros, en los palacios y en las cloacas, le permiten un conocimiento profundo de esos entresijos. Sean los acuerdos entre políticos rivales fuera del teatro que ven los ciudadanos (así, Bono, ministro de Defensa, ofreciendo al pepero Eduardo Zaplana que nombre a alguien de su confianza para un cargo en el CNI), o una gestión para salvar a Miguel Ángel Blanco in extremis, por medio de la abogada de Txelis, a la que Pedro J. había conocido cuando entrevistó a un dirigente etarra. O Rodríguez Zapatero acercándose al director de *El Mundo*, con una mezcla de (buen) talante y astucia, para ensanchar su base política y escapar de la pretensión del Grupo Prisa de dirigir sus pasos. Un Zapatero jovial y campechano, que salpica su lenguaje de tío, cachondo y otras expresiones chelis; que, al contrario que la mayoría de los políticos, comentaba lo que le gustaba del periódico y no lo que le disgustaba.

Sobre Zapatero:
«un estrecho conocimiento mutuo, no exento de afecto».

Pero si algo sobresale en este relato de quien Peter Preston, director de *The Guardian*, considera «el periodista europeo más importante del último cuarto del siglo XX», es una profesión de fe y una declaración de amor a la que, según un personaje de Alain Tanner (*Una llama en mi corazón*), es la mejor profesión del mundo.

Pedro J. Ramírez asume «el fatal determinismo de no poder ser más que lo que se quiere ser». Proclama que «nada hay tan gratificante para un director como el trabajo en equipo con buenos periodistas».

Asume ideas de Montaigne, del que se declara admirador, como: «El primer síntoma de la corrupción de las costumbres es el destierro de la verdad»; o «cada cual ha de jurarse a sí mismo lo que los reyes de Egipto hacían jurar solemnemente a los jueces: que no se desviará de su deber fuere cual fuere la orden que ellos mismos le dieren». Y, al igual que Montaigne, «prefiere intervenir en la política desde fuera, situándose en ese plano de arbitraje que corresponde de forma natural a la razón, pero que sólo los medios de comunicación de masas convertirán en realidad un día».

Este hombre que se reconoce tímido (otra sorpresa para el lector) afirma: «No me interesaba el poder, pero sí la influencia». «No quería dar el salto a la política, ni ser más rico, ni figurar en los escaparates sociales. El periodismo era para mí un fin en sí mismo. Una manera de vivir para vivir».

«Alguien dijo que el periodismo es una cárcel. Si es así, que no me cambien de celda, que yo pido cadena perpetua».

EL AUTOR

Pedro J. Ramírez (Logroño, 1952), considerado por *The Guardian* «el periodista europeo más importante del último cuarto de siglo», ha sido director de Diario 16 y El Mundo –fundado por él en 1989–, y en la actualidad lo es de El Español, hasta sumar cuarenta y un años en ese cargo.

Ha obtenido prestigiosos galardones internacionales, como el Premio *Montaigne*, concedido por la Universidad de Tubinga, o el *Isaiah Berlin* por su trayectoria liberal. Es doctor *honoriscausa* por la Universidad San Ignacio de Loyola de Lima y el *Lebanon Valley College* de Pensilvania, donde fue profesor de literatura.

Ha publicado numerosos libros de actualidad de gran éxito, entre los que destacan *Así se ganaron las elecciones, 1977*, *Así se ganaron las elecciones, 1979*, *La rosa y el capullo*, *Amarga victoria* o *El desquite*. Su obra *El primer naufragio*, dedicada a la Revolución francesa, le catapultó como historiador. Más tarde publicó *La desventura de la libertad*, su primer gran libro sobre el Trienio Liberal. Ambas obras históricas tuvieron un rotundo éxito de crítica con numerosas reediciones.

Para más información, contacta con:
Departamento de Comunicación Editorial Planeta
Tel: 91 423 03 03 // comunicacioneditorialplaneta@planeta.es